

foro en la redacción

EL EXORCISTA

JESUS M. AGUIRRE

MAURO BARRENECHEA

LUIS DE DIEGO

JOSE A. LAZCANO

Redacción de SIC: *Estamos ante una película que nos llega de Estados Unidos como el indiscutible fenómeno cinematográfico de 1974. Ha superado ampliamente, casi ha duplicado, los records de taquilla que hasta ahora tenía "El Padrino". Creo que en este foro, más que otros aspectos filmicos, nos interesa el fenómeno cinematográfico y lo que subyace a él.*

M.B.— En la base del impacto producido en los Estados Unidos podemos encontrar una profunda crisis moral: magnicidios, corrupción en los más altos niveles administrativos, los submundos de la droga y de la protesta contra el "Establishment", los conflictos raciales, el fracaso del Vietnam... El "American way of life", que es llamado con razón por Will Herberg "la religión americana" está en crisis. En esa crisis moral y religiosa, que es también crisis de racionalidad, irrumpen las "religiones" de la emoción estremeceadora y de lo irracional: ocultismo, astrología, espiritismo, hechicería. Este trasfondo irracional manipulado con "la verdad de un hecho ocurrido" y con los nuevos sacerdotes de la sociedad secularizada (médicos, psiquiatras, profesores universitarios jesuitas "up to date") está en la base de este fenómeno cinematográfico.

J.M.A.— Sin negar el impacto basado en ese trasfondo "irracional" de la vida, sobre todo, norteamericana, hay que

agregar el efecto de una maquinaria de mercado muy "racionalmente" montada. En la historia del cine el tema de la posesión diabólica es viejo. Basta con recordar la "Historia de las Brujas" de Christensen en la época muda. Actualmente son conocidos el "Rosemary's Baby" de R. Polanski y "Los diablos" de K. Russel. Sin embargo su impacto social y económico apenas se han hecho sentir, y eso a pesar de que el binomio. A. Huxley ("Los diablos de Loudun")—K. Russel ("Los diablos"), supera literaria y cinematográficamente al formado por W. P. Blatty ("El exorcista")—W. Friedkin ("El exorcista").

Por eso la causa del éxito hay que buscarla también en la estrategia de los medios y en la manipulación de las masas.

El film responde perfectamente al llamado factor regresivo de los medios masivos. Anula la complejidad de la novela para resaltar la anécdota truculenta de la posesión diabólica de Regan y la trama novelesca de la investigación de un crimen ritual y el final consternante del ataque

cardíaco de Merrin y el suicidio de Karras. La misma novela, obedeciendo a ese factor ha cambiado el personaje de la anécdota original, un muchacho de 14 años, por una inocente niña de 12 años. Naturalmente resulta mucho más excitante y traumático el híbrido de la niña-diablo, ya que contrapone las oposiciones extremas de los paradigmas semánticos de una persona normal.

Además la Warner Bros posee una red eficiente de distribución, publicidad y promoción. A través de una propaganda sensacionalista de perturbaciones psicológicas, colas y vómitos ha logrado catalizar la atención de las masas. Más aun ha envuelto inteligentemente en una disputa mixtificada a grupos religiosos (católicos, protestantes, espiritistas), y a profesionales de la medicina, la psiquiatría y la parapsicología. Por fin todos los medios masivos por razones de actualidad se han retroalimentado de esta discusión, con lo que el contagio social ha resultado globalizante y total.

L.D.D.— Tuve ocasión de asistir a un diálogo que tuvo en Roma el P. Thomas Birmingham. Este jesuita fue uno de los consejeros teológicos del film, en donde también actúa en un par de ocasiones, y tuvo también que ver con el origen de la obra literaria. Comentando el gran impacto de la película en los Estados Unidos hizo referencia, como posible explicación, a la calidad cinematográfica y ambientación muy cuidada de la película, así como también a la situación de crisis y desconcierto que reina en amplios sectores del país debida a diversos acontecimientos internos e internacionales que todos conocemos. Señaló, igualmente que, para ciertas personas —seguramente de apreciable formación religiosa, pensamos— el film había constituido una positiva experiencia religiosa, mientras que en otras producía indiferencia, desconcierto e incluso reacciones exageradas de histeria..., explicables como simple manifestación de síntomas latentes.

Respecto a las numerosas y ásperas críticas que se levantaron contra el film en determinados sectores de la prensa,

el jesuita señalaba en muchas de ellas una intención anticatólica y antijesuítica, sin mayor base en la película como tal.

J.A.L.— Algunos creen que esta película puede ser socialmente más impactante en nuestro medio por el sustrato antropológico de creencias en espíritus y en Mandinga. Yo creo que no.

En primer lugar, el espectador de las primeras semanas (espectador de 10 bolívares y de los cables sensacionalistas y publicitarios del Norte) es un híbrido cultural que, si tiene una "información occidental" que lo capacita para entender a ese diablo de clase media norteamericana, tiene también una base cultural "criolla" con suficiente malicia para liberarse de las tensiones de cada uno de los sustos provocados por los trucos efectistas con comentarios oportunos o risitas relajantes.

En segundo lugar, el público de 5 bolívares, que tendrá que esperar a que los cálculos de utilidad marginal de la oferta y demanda aconsejen que se le permite ver la película (y en este caso me temo que

su permiso le tarde tanto como una nueva línea de la CANTV), ese público de 5 bolívares va a ver El Exorcista sin el apoyo de la moda y de los reportajes sensacionalistas.

Además, ese diablo sajón, personal y cargado de odio, difícilmente se emparenta con el diablo o Mandinga de nuestras creencias populares y menos aun con los espíritus y ánimas-solas de origen más indígena o africano. El diablo criollo no es tan terrible, tan refinadamente rencoroso. Es el que tienta al mal (casi como una excusa de la propia debilidad o de la pasión enceguedora) y el que se le puede aparecer a uno si se porta mal, pero que de ordinario no pasa más allá de un susto en noche. En general es un diablo más difuso y menos terrorífico.

Añadiría que nuestro pueblo creyente en diablos y espíritus tiene, para liberarse de los terrores diabólicos, mecanismos psicológicos, como el de reirse de sus propios temores, y mágicos, como el vaso de agua debajo de la cama o la rica variedad de "contras" que utiliza.

Redacción de SIC: *No hay duda que el elemento religioso tiene virtualidades dramáticas muy profundas. También es claro que tanto en el éxito editorial de la novela de Blatty como en el impacto social de la versión cinematográfica de Blatty y Friedkin está lo religioso. ¿Se puede considerar esta obra como religiosa?*

J.M.A.— Desde el punto de vista del lenguaje cinematográfico, el film se caracteriza por la incapacidad de expresar la acción intrahumana.

No se sabe penetrar en el drama humano a través de la utilización de una planimetría corta de las sugerencias simbólicas de la gracia o de las insinuaciones enigmáticas sobre la posesión diabólica. Ni siquiera, aunque no sea más que para ahorrar celuloide, se aplican unas elipsis en los procesos médico-siquiátricos, excesivamente largos. Ojalá se hubiera ahorrado ese tiempo en favor de la profundización. Pero, al contrario, tras la escena inicial, todo se sacrifica al gesto exterior: punciones, electroencefalogramas, cuadros de masturbación y masoquismo, números de levitación y contorsiones, galones de vómitos, maquillaje de cabaret (me recordaba a "Alice Cooper"), supuestos olores a chucrut y muchas ventoleras y humaredas.

Otro tanto ocurre en la banda sonora. Apenas hay un silencio significativo o una palabra expresiva. Los gruñidos y aullidos extemporáneos, las repeticiones gritadas de la fórmula del exorcismo (aquí hunden la connotación teilhardiana de Merrin) y sobre todo un "break" sonoro que hace saltar en la butaca a cada cambio de escena, acaban con la posibilidad remota de una escucha reflexiva. Naturalmente la despedida y besito finales no logran deshacer el entuerto cinematográfico.

¡Que poco apropiado resulta este lenguaje cinematográfico para una expresión supuestamente religiosa!

M.B.— La novela es eminentemente religiosa, sobre todo al final. Cuando el exorcista, padre Merrin, recibe el telegrama en que se le llama a exorcizar, no lo abre. Ya sabe que va a enfrentarse al poderoso enemigo que se vengará de sus exitosos exorcismos practicados en África. "Esta vez vas a perder", es lo primero que le dice al diablo al llegar. El Padre procede sereno; es el único sin miedo, entre todos los participantes. Parece reflejar la actitud de Jesucristo cuando dijo, en el Huerto: "Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas". En cambio, el psiquiatra padre Karras, parece representar a los discípulos, incapaces de echar los demonios por su incredulidad (ha perdido la fe).

El diálogo entre los dos padres durante el descanso del exorcismo (págs. 310-11) expresa el núcleo necesario para entender la religiosidad de la novela. Merrin va diciendo que el objetivo del demonio no es el poseso, sino ellos y las demás personas de la casa; quiere rebajarles a la indignidad; porque el creer en Dios es cuestión de amor, de aceptar la posibilidad de que Dios puede amarnos... El amor está en la voluntad y no en la emoción. Cuántos creen que no se aman porque ya no se emocionan... Ahí radica la posesión; no tanto en las guerras ni en los extraordina-

rios casos como éste. Vienen los rencores, las palabras crueles..., y ya no precisamos que Satán dirija nuestras guerras, las dirigimos nosotros mismos. Pero incluso del mal vendrá el bien. Aun Satán, a pesar de sí mismo, de alguna manera sirve para realizar la voluntad de Dios.

Merrin, por amor al prójimo, deja que le destroce el odio de Satán. Karras, por compasión, por indignación (formas embrionarias del amor), se hace poseso, y al sufrir las consecuencias recobra su fe.

En la película, esta confrontación entre el odio de Satán y el amor que guía a Merrin con la seguridad del triunfo final del Bien, aparece artísticamente en las siluetas de una estatua del diablo y del padre Merrin, con el sol naciente en medio, que las disipa en una inundación de luz. Pero, esa escena simbólica, ¿es suficiente para hacer entender al público cuál es el núcleo del caso?

Cuanto a Karras, ¿es también suficiente, para indicar su conversión, la escena en que, agonizante, aprieta dos veces la mano del jesuita que le pregunta si desea confesarse y si se arrepiente de todo?

Resumiendo: la novela es claramente religiosa; la película, no.

J.M.A.— La novela, sí, nos abre a las preguntas inquietantes de una niña curiosa como Regan, a la crisis espiritual de Karras frente al silencio de Dios, a la

tragedia interior de Chris ante la incógnita de la vida, y sobre todo a la profundidad religiosa de Merrin. Como cuando Merrin expresa en la novela que "ya no precisamos que sea Satán el que dirija nuestras guerras, las dirigimos nosotros mismos... nosotros mismos..." Pero ¿acaso se puede poner en boca del Merrin del film, esta expresión del Merrin de la novela?

El film castra todas estas dimensiones y sólo nos presenta un "show" de circo infernal o una exhibición terrorífica. No me extraña que algunos espectadores se rían y otros simplemente se aterren.

Además la novela nos ofrece con las citas previas a los capítulos unas claves interpretativas para trascender la anécdota. Pero las referencias al Amor de San Juan y las alusiones a la Cosa Nosta, Dachau, Auschwitz... brillan por su ausencia en el film.

Hasta los diálogos más profundos de la novela son sacrificados en favor, no del lenguaje cinematográfico, sino de la trama novelesca y del espectáculo sensacionalista.

A mi juicio la tramoya cinematográfica y la correlativa curiosidad técnica no dejan lugar para ninguna inquietud trascendental que pase el cerco de los fuegos artificiales de la pantalla.

L.D.D.— Sobre los cambios y omisiones de la película en relación a la novela, el padre Birmingham en el diálogo al que asistí aludió claramente a las presiones que ejerció el Director sobre Blatty (autor y guionista) para cambiar y añadir ciertas escenas en orden a producir un mayor impacto en el público. Se vivieron, por este motivo, momentos de tensión; pero llegaron finalmente a un arreglo con mutuas concesiones. Con todo, el final resulta ambiguo, y se proyectaba rehacerlo para la versión definitiva.

J.A.L.— Yo diría simplemente que no es una película religiosa. Y mucho menos, cristiana. Es radicalmente desleal. Desleal a la novela, donde sí hay elementos teológicos válidos. Esta deslealtad se manifiesta más grave en el hecho de que el novelista es, a la vez, productor y ha hecho concesiones imperdonables y manifiestas al éxito de taquilla.

Es también desleal a toda la simbología religiosa que usa, vaciándola de todo significado subyacente. Esto es claro en la idea central de la posesión diabólica y de la liberación por el exorcismo. La posesión aparece sin ninguna referencia al misterio del mal (moral o físico, personal o social). La liberación por el exorcismo se reduce a práctica mágica. Aunque la fórmula utilizada puede ser considerada religiosa por su carácter de oración de la Iglesia que recuerda toda la historia de la salvación y pide que la salvación realizada por Cristo se siga manifestando, la forma de su utilización y la eficacia supuesta de la fórmula son claramente mágicas: el uso del "manual antiguo, el grande", como

POSESION DIABOLICA EN LA BIBLIA

Significa que un mal espíritu se apodera de una persona de tal forma que el espíritu asume la personalidad del ser humano y controla todos sus movimientos corporales, incluyendo el habla.

La creencia en la posesión diabólica no aparece en el Antiguo Testamento ni en ninguna otra literatura antigua antes del Judaísmo en los últimos siglos antes de Cristo.

Los antecedentes de la creencia en la posesión diabólica está en la creencia de que los demonios tienen poder para producir males cuya causa natural no es conocida. En Mesopotamia las enfermedades se atribuían corrientemente a los demonios. En el Judaísmo las enfermedades síquicas eran vistas como manifestaciones de que un demonio se había apoderado de una persona. En el Nuevo Testamento se habla de exorcistas judíos.

En los Evangelios y en los Hechos de los Apóstoles se mencionan una serie de casos de posesión.

Muchos escritores modernos han explicado los relatos de posesión en los Evangelios como una muestra de la opinión ingenua de la antigüedad de que los males cuya causa era desconocida eran obra de los demonios; las personas llamadas endemoniadas sufren desórdenes síquicos que ahora pueden ser reconocidos como tales...

Estos escritores modernos piensan que Jesús se acomodó a esta creencia popular y usó un lenguaje de acuerdo con ella. Haciendo esto, dicen esos escritores, hizo exactamente lo mismo que en otras áreas en las que la ciencia moderna ha progresado mucho más adelante de los conocimientos de su tiempo. Lo mismo que su lenguaje supone una tierra plana y un universo geocéntrico, así también supone la explicación de los desórdenes síquicos por medio de los demonios.

El paralelismo entre los dos no es perfecto. Los episodios de posesión en los Evangelios forman parte de una pauta de pensamiento más amplia. La venida de Jesús pone en crisis el reino de Satán, los poderes del mal. Estos reconocen la presencia del poder supremo y se rebelan ante su proximidad. El discurso que Jesús hace cuando los fariseos explican su poder como debido a un pacto con los demonios es uno de los más severos en los Evangelios; no querer creer que Jesús muestra el poder de Dios precisamente en su poder sobre los demonios es el pecado contra el Espíritu Santo, que no es perdonado. La seriedad del discurso le hace a uno cauto para aceptar una explicación que propone que no había demonios que expulsar.

Este problema no debería ser confundido con la realidad de las curaciones relatadas en los episodios. De hecho los endemoniados mostraban desórdenes síquicos. La cuestión no es si Jesús se acomodó al lenguaje popular, sino si los autores de las tradiciones evangélicas tenían otros recursos de lenguaje para describir esos desórdenes síquicos y su curación fuera del lenguaje de la posesión y el exorcismo. Parece que se debería tomar esto como un principio para la interpretación de los relatos; y es que probablemente en detalles tales como el incidente de los cochinos (Mt 8,31s; Mc 5,11-13; Lc 8,32s) la tradición popular ha desarrollado el simbolismo implícito entre los espíritus inmundos y el cochino, el animal inmundo para los judíos.

El discurso de Jesús hace del poder de exorcismo un motivo teológico de cierta importancia. Los desórdenes que aparecen en los endemoniados son consecuencia del reino del pecado en el ser humano; los poderes del mal han usurpado su libertad hasta el punto en el que el hombre es su víctima impotente, incluso en el santuario interior de su personalidad. Aquí se da una nueva expresión a la profunda creencia bíblica de que el pecado y los defectos humanos están conexiónados. Cuando Jesús cura, particularmente estos misteriosos desórdenes del espíritu, introduce el poder del reino de Dios contra el pecado y sus consecuencias. Esto no se debería reducir a simple medicación; es una parte de su misión redentora y la muestra de un poder que sólo El posee.

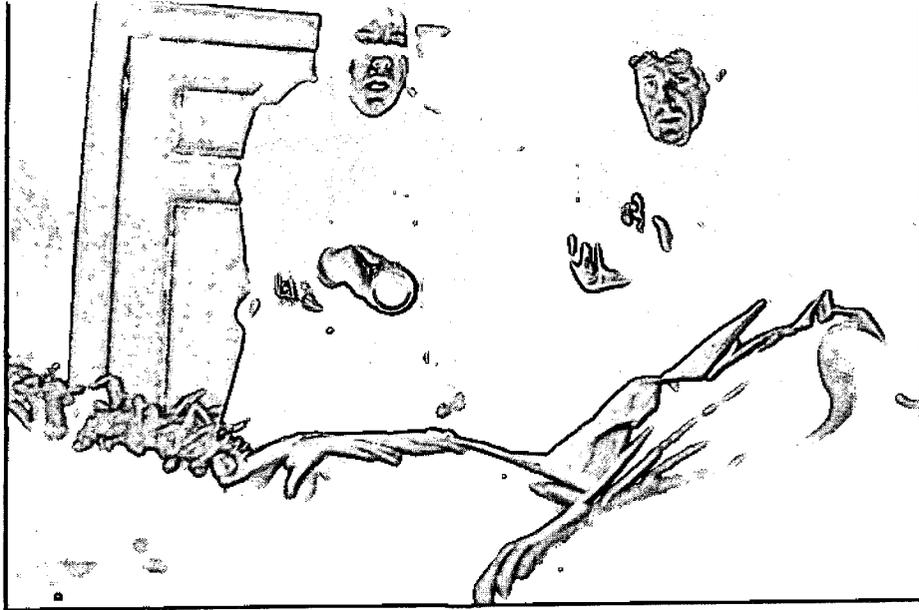
(MACKENZIE, John L.: Dictionary of the Bible. Chapman. London 1968. pgs. 684-685).

más eficaz; la fuerza con que Merrin y, sobre todo, Karras gritan las fórmulas como si de ella dependiera la eficacia; el regaño que recibe Karras cuando se distrae atónito por la levitación, como si la interrupción de la fórmula echara a perder el éxito del exorcismo; la ausencia de toda referencia al mundo ético y a la solidaridad eclesial; la relación profesional-cliente ("business-like", dirían en inglés) que establecen los sacerdotes... Son todos elementos que el clásico en la materia William Goode identificaría como elementos mágicos y no religiosos.

L.D.D.— A mí me parece que la deslealtad más grave está en que, al tematizar sobre el diablo, se desconoce el problema teológico de fondo, que es el del

Mal en el mundo. Tal presencia es innegable, y en ella, lo sabemos en la fe, se ejerce, además de la libertad humana, la acción de ese "algo" o "alguien" que ha sido personalizado como el que impide, se opone, hostiga, trastrueca, separa. En el Apocalipsis toda la historia de la Iglesia aparece como una lucha permanente, y a veces enconada, entre el diablo y su señorío como contrarios al Reino de Cristo.

Hay que discernir, sin embargo, y precisar los campos. Esta lucha y esta presencia del mal se ha entendido y aplicado equivocadamente en muchas ocasiones. Incluso hoy colocamos en primera plana determinados fenómenos demoníacos con un sentido sensacionalista y acrítico. Se impone un discernimiento al que deben



ayudar diversas ciencias humanas (sicología, parasicología...) Y nunca deberíamos olvidar que es toda nuestra existencia decaída, que es ese mal y pecado del mundo en el que participamos por solidaridad de nacimiento y por nuestras injusticias personales, el que está amenazado.

La injusticia, la crueldad, el odio homicida, nuestro orgullo, nuestro dinero, nuestras grandes guerras y pequeñas, el sexo desbocado..., y sus secuelas de miedo, desconfianza, intranquilidad, desesperación, ateísmo mayor o menor..., no andan lejos de los intereses de "alguien" que está ahí, como diría Bernanos.

Confiarse a la humildad y al poder de Cristo, aceptando con seriedad práctica el Evangelio, sería el mejor remedio, la mejor victoria sobre el mal. Victoria conseguida y concedida, en lucha y esperanza, por el Resucitado.

J.M.A.— Hablando de los diablos de hoy, la simbolización del mal tiende a expresarse en términos de diablos "extranjeros". Son imaginados como invasores extraños que acechan desde fuera al bien de la persona y de la sociedad (comerciantes chinos, judíos, italianos mafiosos, fascistas y comunistas...) En la polémica política el recurso al cabrito emisario para establecer una identificación en términos de un enemigo común responde a este mismo mecanismo. Pero esta simbolización del mal en términos de diablos extranjeros o tolda política enemiga puede también convertirse en un medio fácil de eludir las responsabilidades personales con respecto a esos males que amenazan la

integridad comunitaria al echar las culpas a ellos.

El exorcista, profeta, político o poeta, ha de conocer el nombre del diablo (comprender cuál es el mal simbolizado) antes de que pueda nombrarlo y proceder a exorcizarlo. El error acerca de los males simbolizados podría conducir a la comunidad a una acción ineficaz, estúpida e incluso desastrosa. "Mein Kampf", por ejemplo, ofrecía unos símbolos no económicos de unos males económicos. Un ligero equívoco que acabó con la vida de seis millones. Por eso los símbolos del mal han de ser utilizados con mucha prudencia, pues de lo contrario pueden hacer recaer sobre quienes se sirven de ellos los mismos males que simbolizan.

Nuestra sociedad venezolana ha de reconocer la presencia de diablos extranjeros y nacionales dentro de su propia vida política, sus negocios, su vida social, en su criminal irracionalidad y en las mismas distorsiones religiosas. Después de ver el film corremos el riesgo de enfrascarnos en una disputa sobre el tamaño de los cuernos de Mandinga, olvidando el dar nombre a los verdaderos males; describirlos y analizarlos, antes de que la sociedad pueda exorcizarlos.

Los cristianos olvidamos que hemos sido exorcizados en el bautismo, y hoy más que nunca, como expresó alguna vez J.L. Segundo (nuestro teólogo latinoamericano), urge exorcizar a los nuevos miembros del Pueblo de Dios de ese espíritu del capitalismo que se ríe del bien y del mal y que hace negocios pingües a cuenta de Dios y del Diablo.

Redacción de SIC:

Para concluir, creo que estamos de acuerdo en que el gran ausente de esta película es el misterio del mal, con su dimensión física y moral, personal y social, nacional e internacional. Su personalización en la posesión diabólica le hubiera podido dar a esta obra una dimensión profunda. Creo que este filme, por su deslealtad a la novela y a la simbología religiosa, por su crueldad con el espectador no justificada, con su manipulación de conciencias para desviarlas de los verdaderos problemas humanos, y por poner el altar en función del gazofilacio de las taquillas, puede ser considerada parte de ese mal que se ha querido ocultar.

LA TEOLOGÍA Y EL DIABLO

"En la situación actual, diremos, el teólogo no sabría responder con plena certeza que la Revelación afirma, con toda la autoridad que le confiere la Palabra de Dios, la existencia personal de Satanás. Hay que decir con no menos vigor, que el teólogo no podría asegurar la no existencia personal de Satanás". (Duquoc, Christian: *Lumière et Vie*, No. 78, mayo-agosto 1966, pgs. 99-105).

Este es un planteamiento típico de la teología europea y de USA, y coincide con la pregunta de las clases medias y altas de Latinoamérica. Nuestro pueblo, sin embargo, no duda de la existencia del diablo. Y la teología latinoamericana piensa que la cuestión de Dios como la del Diablo —que no son sin embargo simétricas— no es si existe o no, sino si tenemos o no una imagen adecuada de lo que se pregunta. El occidente desarrollado y nuestras clases asimiladas a su cultura creen poseer una idea de como debieran ser, si existen, Dios o el diablo, y por eso opinan sobre su existencia. Creemos que esta presuposición adolece de un racionalismo que absolutiza la propia cultura, piensa que desde donde está, desde su horizonte puede dominar cualquier objeto, cualquier problema. Presupone un conocimiento sin una conversión. Creemos que esto es falso.

Respecto del diablo se pregunta ¿tiene existencia personal? El cristianismo en cambio dice: El símbolo del Diablo —símbolo, no metáfora—, con el que la tradición cristiana alude frecuentemente al misterio del mal, obliga a cuestionar mi concepto de lo que es una existencia personal. Es decir, me obliga a remontar mi horizonte de inteligibilidad. No para aceptar el absurdo, sino para aceptar que sólo puedo situarme ante la realidad y ante mí mismo si entiendo que mi modo de existir como persona es uno de los modos de existencia personal. La pregunta por el Diablo como uno de los objetos de nuestro horizonte no puede tener una respuesta ni positiva ni negativa. Simplemente carece de sentido. Más bien la figura del Diablo en la tradición cristiana obra en el sentido de relativizar ese horizonte; relativizarlo, no ampliarlo. Ya que el Diablo nunca podrá ser un objeto de nuestro conocimiento sino una pregunta sobre la consistencia de nuestro horizonte y una viva acusación a nuestra instalación en él, es decir una invitación a no establecernos en la univocidad y a llegar a la analogía.

El problema para esta cultura dominante es que tiene una incapacidad radical para acceder al misterio del mal ya que la única vía de acceso es la confesión de los pecados. Sólo el que se confiesa autor del pecado es capaz de descubrir otros aspectos del mal, es decir que el mal no nace con uno, que es en cierto modo exterior a uno y que le encadena a uno. Sólo el que se confiesa autor del mal puede atisbar que el mal es algo mucho más profundo que uno y que uno sólo es, por así decir, imperfectamente malo, que él no es propiamente el Malo, y que no deja de tener sentido este apelativo, aunque de ningún modo aluda a un principio del mal simétrico del principio del bien. Pues ante todo el cristiano confiesa que lo único original es el Bien, el Amor, Dios. El misterio del mal hace que este principio-Amor no pueda reducirse a un sistema, a una cosmovisión, a una ley. Y en este misterio del mal el protagonista principal es la humanidad pecadora. El Demonio es un símbolo secundario pero imprescindible.

EL EXORCIZADOR QUE EXORCICE A "EL EXORCISTA" BUEN EXORCIZADOR SERA